

El pánico moral. Sus orígenes en la resistencia, el *ressentiment* y la traducción de la fantasía en realidad¹

Jock Young

Universidad de Nueva York

Universidad de Kent

Introducción

Hace cuarenta años, en 1968, el mundo parecía, por un momento al menos, puesto patas para arriba. El tumulto en las calles fue acompañado por el tumulto en las universidades y, aunque las consecuencias políticas –en occidente por lo menos- fueron leves, las consecuencias intelectuales fueron considerables y las consecuencias culturales duraderas. Fue en ese momento, y dentro de este contexto social y político, que ocurrieron desarrollos vertiginosos al interior de la sociología de la desviación, incluyendo la emergencia del concepto de pánico moral. Es en este marco que tanto su naturaleza como su potencial deben ser evaluados. Posteriormente, ha habido una tendencia a arrancar el concepto de su contexto intelectual y a desechar a las nociones y estructuras conceptuales concomitantes, corriendo el riesgo de perder de vista tanto a las ideas como al nerviosismo político de la época.

Permítanme decir, en primer lugar, que las formulaciones iniciales relativas a los pánicos morales sugieren que estos fenómenos surgen de considerables perturbaciones morales basadas en cambios estructurales y valorativos importantes dentro de la sociedad, que las materias del pánico no son aleatorias, sino puntos detonantes en esas transformaciones y que los efectos de un pánico son en cierta medida auto-cumplidos, porque “si los hombres definen las situaciones como reales son reales en sus consecuencias”, en las célebres palabras de W. I. Thomas. Además, los pánicos morales involucran conflicto cultural. Por un lado, hay resistencia, innovación y algunas veces provocación; por el otro, hay indignación y furia. Que existe, consecuentemente con la noción de perturbación moral, una gran cantidad de energía emocional en ambas partes: la policía persigue al desviado celosamente, los medios alientan la controversia, el público sigue con avidez la indignación y los desviados son

¹ Publicado originariamente en inglés en *The British Journal of Criminology*, 2009. Traducción al castellano de Francisco Escudero (Universidad Nacional de La Plata/Universidad Nacional del Litoral).

impulsados y a veces reconstituidos por la respuesta. Hay energía, fascinación y algo lindante con el disfrute: los pánicos morales, como el crimen, son eventos seductores. En contraste, la frase “pánico moral” ha pasado a estar asociada con una descripción más bien apática del engaño de los medios masivos de

comunicación, de la falsa ilusión del público, de simples errores en la razón, el desplazamiento aleatorio de agravios sobre objetivos desafortunados y pasivos y sobre eventos fugaces, trastornos periféricos en un universo, por lo demás, regulado.

La Conferencia Nacional sobre la Desviación

Fue en 1968 que se celebró la primera reunión de la Conferencia Nacional sobre la Desviación en la Universidad de York, y fue en esta reunión antinomianista de criminólogos radicales y de teóricos de la desviación que presenté mi primer artículo académico, titulado bastante pomposamente “The Role of the Police as Amplifiers of Deviance, Negotiators of Reality and Translators of Fantasy” (publicado en *Images of Deviance*, editado por Stan Cohen, 1971a). Fue aquí que analicé el pánico moral relativo a las drogas –un área fértil para la ansiedad social, la cual, como destacan Erich Goode y Nachman Ben-Yehuda, es “una opción casi natural para un pánico moral” (Goode y Ben-Yehuda, 1994: 203), y que ha sido, como ellos ilustran tan gráficamente, objeto regular de estos pánicos en Gran Bretaña, en Estados Unidos, en Israel y en todo el mundo.²

Mi investigación sobre el uso de drogas estaba basada en un estudio etnográfico de Notting Hill, en el Oeste de Londres, llevado a cabo entre 1967 y 1969, combinado con una medida cuantitativa más bien rudimentaria relativa al pánico moral sobre el uso de drogas (cannabis en particular) conducida en el año 1967. En ese tiempo, Notting Hill

distaba mucho de ser el saludable refugio de las clases diletantes que es hoy; mucho antes de Hugh Grant, fue un área con altos niveles de privación y con una población en buena medida inmigrante. Fue también el foco en Londres del hippismo, la nueva bohemia que rápidamente se había extendido a lo largo del mundo occidental. Esta cultura juvenil había atraído una gran condena mediática. De hecho, era evidente que el pánico moral era sobre las drogas en el contexto de la nueva bohemia. El famoso pasaje en *The People* del 21 de septiembre de 1969 merece ser repetido:

MATONES HIPPIES – LA SÓRDIDA VERDAD: parejas de drogadictos haciendo el amor mientras otros miran, dominio de grupos pesados con barras de hierro, lenguaje soez, mugre y hedor; ESA es la escena dentro de la fortaleza de los hippies en el Piccadilly de Londres. Estos no son rumores sino hechos –hechos sórdidos que shockearían a las amorosas personas de la decente familia ordinaria0.

Así, la ocupación de Piccadilly 144 por parte la Comuna de London Street fue acogida calurosamente, encabezada por el famoso Dr. John que, por deliciosa ironía, era el *nome de*

² En este artículo me centraré en gran medida en el pánico moral sobre las drogas; se trata de una extensión

de mi reciente artículo sobre el libro de Stan Cohen *Folk Devils and Moral Panics* (1972) (Young, 2007a).

guerre de Phil Cohen, quien se convertiría luego en uno de los principales teóricos de las subculturas. La ola de condena pública fue liderada nada menos que por Enoch Powell quien, como escribió Phil Cohen en 1971, “nos dio la presentación más clásica de pánico moral” (Cohen, 1997:30).

Mi investigación sobre este período se centró en este pánico. Déjame, para empezar, exponer sus resultados:

1. El pánico moral no fue contra las drogas *per se*, sino contra la gente que utilizaba las drogas y las razones por las que las drogas eran utilizadas. Es decir que era contra la cultura hippie, que proponía niveles extravagantes de hedonismo y expresividad y oposición a los valores del trabajo y la disciplina.

2. El pánico moral estaba enraizado en transformaciones masivas en el sistema de valores y en las relaciones de producción y consumo en las sociedades occidentales avanzadas, esto es, en un desplazamiento desde un mundo de disciplina y gratificación diferida hacia uno que enfatizaba la inmediatez.

3. Tanto la indignación moral del público como las culturas juveniles que la desafiaban tenían raíces causales comunes.

4. Los medios masivos de comunicación sostienen una narrativa que estimula tanto como condena, que amplifica el problema tanto como provee explicaciones y genera consecuencias (en particular “el efecto némesis”) que sirven para confirmar las imágenes consensuales de la sociedad.

5. Esta amplificación mediática crea una espiral de miedo e indignación públicos, presionando a los organismos de control como la policía y los magistrados y creando olas delictivas de fantasía.

6. Este proceso de amplificación de la desviación, aún siendo fantástico en sus premisas, es real en sus consecuencias, incluyendo en algunos casos el auto-cumplimiento de estereotipos.³ El contexto intelectual de esta investigación estaba basado en el trabajo de la Conferencia Nacional sobre la Desviación—en sí mismo impulsado por los rápidos desarrollos dentro de la sociología de la desviación.

³ La investigación inmediata fue publicada en “The Police as Amplifiers of Deviance and Translators of Fantasy” (Young, 1971d); fue contextualizada en una discusión más amplia sobre las drogas, la cultura joven y el cambio social en *The Drugtakers* (Young, 1971c); la relación entre las narrativas mediáticas y la amplificación de la desviación fue publicada en “Drugs and the Mass Media” (Young, 1971a); y profundizada en

un artículo presentado en la Conferencia de la BSA de 1971, “Mass Media, Drugs and Deviancy” (Young, 1971b), mientras que la nueva bohemia fue discutida en “The Hippie Solution: An Essay on the Politics of Leisure” (Young, 1972). Hay entrevistas en video sobre la investigación de Notting Hill (Young, 2001) y del trabajo de Stan Cohen sobre los *mods* y los *rockers* (Cohen, 2000).

La nueva revolución de la desviación

La desviación no es una propiedad inherente en ciertas formas de comportamiento; es una propiedad atribuida a dichas formas por las personas que entraron en contacto directa o indirectamente con ella.

(Erikson, 1966:6)

Esto representa un alejamiento notable con respecto a la vieja sociología que tendía a apoyarse en la idea de que la desviación provoca el control social, he llegado a creer en la idea opuesta... el control social provoca la desviación.

(Lemert, 1967: v)

La década 1955–65 fue un tiempo de extraordinaria creatividad para la sociología estadounidense de la desviación. Sólo los nombres –Becker, Cicourel, Cohen, Cloward, Erikson, Goffman, Gusfield, Matza, Scheff y Sykes, para mencionar algunos– refrescan la mente y transmiten la intensidad intelectual de la época. Fue un momento en el que, por un tiempo, la sociología de la desviación se convirtió en el foco central del debate sociológico y, como nos lo recuerda Howard Becker en la introducción a *The Other Side* (Becker, 1964), recuperó su conexión dentro de la corriente principal de la teoría sociológica. Durante un largo período, y como consecuencia de la Escuela de Chicago, la sociología de la desviación había sucumbido a convertirse en una sierva de la administración –“...una búsqueda práctica, dedicada a ayudar a la sociedad a lidiar con aquellas personas que consideraba problemáticas” (Becker, 1964: 1). Las imágenes asociadas a la patología habían reemplazado a las vinculadas con la *verstehen*, y la desviación era visualizada como una falta de cultura (consecuencia de una inadecuada socialización) más que como una cultura que debía ser entendida y apreciada. Porque, como Stan Cohen iba a observar más tarde en la introducción a *Images of Deviance* (Cohen 1971a), la perspectiva tradicional sobre la desviación involucraba una “aniquilación de significado” y un arsenal entero de expertos

era movilizado para lograr este proceso de desculturización.

Las dos vertientes de la nueva teoría de la desviación –las teorías de la subcultura y del etiquetamiento– subvirtieron rotundamente esto. Las subculturas, ya sea que involucren consumo de drogas, violencia, robos o vandalismo, eran vistas, en la tradición de la antropología cultural, como creaciones humanas, intentos de abordar los problemas vinculados con la existencia material y social, mientras que la teoría del etiquetamiento señaló las formas en que los que tienen autoridad buscaban quitar los significados a los grupos o individuos desviados. Ambas vertientes forman parte de una orientación constructivista sobre lo social, enfatizando que la desviación es una categoría construida más que una esencia fija y que *tanto* la subcultura como la cultura del control son materiales necesarios para una teoría plenamente social sobre la desviación.

Las dos declinaciones de la revolución de la nueva desviación participan del rechazo hacia nociones valorativas absolutistas y del realce de la naturaleza irónica y auto-cumplida del control social. Vivimos en una sociedad pluralista, con un cubismo mágico de perspectivas, donde la desviación de una persona es la normalidad de la otra y donde hay numerosas audiencias y evaluadores. *La desviación no es inherente a una acción sino*

una cualidad otorgada a ella; la adscripción de la desviación exige tanto acción como reacción. Además, las definiciones de aquellos que están en el poder son proclamadas como estándares absolutos de normalidad y ocupan el lugar privilegiado en lo que Howard Becker (1967) llamó “la jerarquía de la credibilidad”. Estas son impuestas con diversos grados de éxito sobre aquellas personas que están en posiciones estructurales menos favorecidas a través de un aparato de control social que comprende desde los medios masivos de comunicación hasta el sistema de justicia penal. En lo que hace al tema del control, la criminología ortodoxa, junto con disciplinas afines, especialmente la psiquiatría, cumple un rol clave al *minimizar* el lugar de la desviación en su explicación concibiéndola como una falta de valores más que como normas y realidades alternativas (ver Young 1971c). En este sentido, la *etiqueta* de criminal o desviado conlleva connotaciones esencialistas de subsocialización, irracionalidad, estupidez, impulsividad, etc., a menudo caricaturizada en términos positivistas.

La segunda afirmación era que el control social frecuentemente tiene efectos que son contraproducentes y de auto-cumplimiento. Esta idea atraviesa la tradición crítica en la criminología; se encuentra en el corazón de su empresa intelectual desde el descubrimiento del efecto criminalizante del encarcelamiento hasta la repetida demostración del efecto contraproducente de la guerra contra las drogas. En este sentido, la nueva teoría de la desviación fue más allá de un liberalismo que insiste en que las imágenes del crimen y la desviación son errores de conocimiento, malas interpretaciones o estereotipos mal justificados hacia un liberalismo que sugiere que, por más cierto que esto pueda ser en el comienzo de una carrera delictiva o en la aparición de una empresa desviada, con el tiempo esta estigmatización puede llegar a

convertirse en auto-cumplida. Porque, en determinadas circunstancias, las personas pasan a parecerse a las etiquetas. Los “demonios populares” evocados por la indignación y el prejuicio moral son en realidad contruidos por las fuerzas del control social. La fantasía se traduce en realidad. Algo parecido al este-reotipo del psicópata es creado por la larga brutalización de la prisión: encierros, aislamientos, alternados con la siempre presente amenaza de violencia por parte de los reclusos y del personal penitenciario. El agrupamiento amorfo de los jóvenes en las calles se reconstruye en la estructura jerárquica de la banda por la focalización de las patrullas de policía y las persuasivas narrativas de los medios masivos de comunicación (ver Cohen, 1971b; Hallsworth, 2007).

Esta revitalización de la teoría, por supuesto, no surgió de la nada: fue en gran parte producto del tumulto de la época. Son cuarenta años desde 1968 –un tiempo en el que *el mundo parecía puesto patas para arriba*. La cordura de la psiquiatría, la honestidad de la policía, la veracidad de los medios masivos de comunicación, la respetabilidad de los políticos, el confortable mundo de las clases medias, todos fueron implacablemente cuestionados. La guerra en Vietnam, la emergencia de dramáticas culturas juveniles expresivas, el desafío de la nueva bohemia y una estridente segunda ola de feminismo erigieron cuestionamientos al status quo, revirtiendo las tradicionales preguntas de la criminología y de la sociología de la desviación (ver Ferrell, et al. 2008). Todo un estrato de jóvenes de clase media entró en colisión con la policía en las manifestaciones, en las marchas por los derechos civiles y en el control de su vida cotidiana (ver Lilly et al., 1989). La nueva teoría de la desviación y la nueva criminología que apareció poco después estaban orgánicamente vinculadas con esta situación. “Lo problemático”, tradicionalmente ubicado con aparente

obviedad en el reino del desviado y el delincuente, fue relocalizado en otro lugar extremo. “Problemas” eran la policía, las prisiones, los hospitales psiquiátricos, los periodistas, el hombre “normal” de las calles. El enfoque de la problemática cambió; el significado, que antes era apartado del desviado, le fue devuelto y fue apreciado, y los poderosos,

que anteriormente habían sido visualizados de manera algo mágica como existiendo fuera del mundo de la explicación, vieron a sus acciones y al impacto—a menudo auto-cumplido—de sus actividades pasar a ser el centro de atención. La desviación secundaria paso a tener en el lenguaje corriente más interés que la desviación primaria (ver Lemert, 1967).

¿De qué lado estamos? El sociólogo como abogado

Es importante subrayar la manera en que una generación más joven de sociólogos se identificó con el proceso de cambio cultural que giró en torno a 1968. Todos estábamos conmovidos por la época: la posibilidad del cambio social, los mundos de la diversidad que la nueva bohemia prometía, la colonización por parte de los jóvenes del ocio y el rechazo de la austeridad y disciplina en un mundo aparentemente en avance rápido, todo esto hizo a la decisión de estar del lado del progreso poco menos que inevitable.

Los textos más vendidos de la época se hicieron eco de esto. Así, Howard Becker, reflexionando recientemente sobre la inmensa popularidad e influencia de su libro de 1963, *Outsiders*, comentó:

Escribí acerca de los músicos que trabajaban en bares y otros lugares modestos, tocando música que tenía una especie de aura romántica, y escribí sobre la marihuana que algunos de ellos fumaban, la misma marihuana con la que muchos de aquellos estudiantes estaban experimentando y cuyos efectos estaban aprendiendo a disfrutar (tal como sugiere el análisis del libro). Esos tópicos, que se cruzaban en mayor o menor medida con sus propias vidas hicieron que el libro fuese elegido por los docentes, muchos de los cuales compartían el interés de los estudiantes por la música y las drogas, para dárselos a leer a los alumnos. Y así el libro se convirtió en una suerte de texto estándar en las clases de los estudiantes más jóvenes. (Becker 2005: 2)

Y, por supuesto, los sociólogos de esta nueva generación se volvieron defensores de las subculturas jóvenes emergentes y fervientes críticos del conservadurismo de los distintos agentes del control social. David Garland recoge muy bien este punto cuando escribe sobre “la fuente cultural” del concepto de pánico moral como:

derivado de las actitudes sociales características de los jóvenes sociólogos de la década de 1960 como Cohen, Young y Ditton y sus colegas en la Conferencia Nacional sobre la Desviación. Esta era la perspectiva del observador participante, de avanzada, que apreciaba la desviación, quien a menudo se encontraba culturalmente más cerca de los desviados que de sus controladores y veía al derecho penal como una forma equivocada de represión, al menos en la medida en que era aplicada a una desviación suave como el consumo de drogas y la adopción de estilos asociados a la cultura del club. Frente a lo que ellos consideraban reacciones desinformadas, intolerantes e innecesariamente represivas hacia la desviación por parte de autoridades conservadoras, estos sociólogos desarrollaron una respuesta crítica estándar, una crítica con la cual contrarrestar la opresiva reacción social.

Su crítica tenía dos aspectos. El primero apuntaba a un error empírico, movido por una ansiedad fuera de lugar: “La sociedad convencional está exagerando,” sostenían, “el problema es mucho menos serio y mucho menos amenazante de lo que la gente piensa. Relájense, no teman, nadie aquí está siendo herido.

El segundo aspecto era de carácter más normativo, más enfocado sobre la forma de la reacción social, y más crítico de su postura moralista y prejuiciosa: “El verdadero problema no es la conducta desviada, es su compulsiva necesidad de moralizar. Sean más tolerantes, más abiertos a la diferencia y la diversidad. Olvidense de su moralidad mojigata y pasada de moda. Relájense, no teman, nadie aquí está haciendo el mal”. El término “pánico moral” –en su utilización típica, tanto eslogan como concepto– capturó estas respuestas perfectamente, condensando hábilmente análisis y actitud. (Garland, 2008: 19)

El primer nivel de defensa era, por lo tanto, la apreciación y la defensa de la subcultura; el segundo era cuestionar la naturaleza de la reacción social. Esto se correspondía con la regla de la simetría: con el fin de explicar la conducta desviada, era necesario explicar acción y reacción y luego, por supuesto, en consecuencia, el impacto de la reacción sobre la acción. Como tal, invocaba una noción de *subculturas en colisión* y la necesidad de una

“teoría plenamente social” de la desviación para explicar tanto, digamos, a las subculturas de la juventud y aquellas de control, ya sea la policía, periodistas, abogados, etc. Pero había, como hemos visto, un tercer nivel de defensa, que concernía al impacto de la reacción social, argumentando que la desviación secundaria era a menudo más grave que la desviación primaria, el daño secundario más problemático que el daño primario. Esta era la base de la crítica de todo el proceso de criminalización, de la prisión como productora de criminales exactamente como los hospitales psiquiátricos construían locura y las clínicas de tratamiento producían adictos y alcohólicos, etc. La irracionalidad era, por lo tanto, desplazada desde la juventud supuestamente desenfrenada o los insensatos consumidores de drogas, a los agentes de control mismos, por cuanto las acciones de las autoridades a través del proceso de amplificación de la desviación sólo empeoraban las cosas.

De la indignación moral al pánico moral

La culminación de este intenso período de creatividad en la sociología estadounidense de la desviación fue el artículo de Albert Cohen de 1965, “The Sociology of the Deviant Act: Anomie Theory and Beyond”. En él, hizo un intento imaginativo de sintetizar las dos vertientes de la teoría de la desviación –anomia y etiquetamiento– y preparó el terreno para los esfuerzos británicos de crear una “teoría plenamente social de la desviación” que iban a seguir en los primeros años de la década de 1970. De directa relevancia para la teoría del pánico moral fue la evocación de Cohen de la indignación moral. Su fascinante genealogía surge del concepto nietzscheano de *ressentiment*, utilizado por Max Scheler y Werner Sombart en las primeras dos décadas del siglo veinte, famosamente evocado por Svend

Ranulf en su explicación de la atracción del nacionalsocialismo para la pequeña burguesía alemana presentada en *Moral Indignation and Middle-Class Psychology* (1938), que emergió en *Social Theory and Social Structure* de Merton en los años cincuenta y desde allí al trabajo de Albert Cohen antes de convertirse en influencia de Stan Cohen en *Folk Devils and Moral Panics* y *The Drugtakers* en los primeros años de la década de 1970. Esencialmente, la indignación moral está vinculada con la punitividad (ya sea en términos de derecho penal o furia informal) frente al comportamiento de grupos que no dañan directamente los propios intereses. Albert Cohen, en un pasaje brillante, sintetiza esta “desinteresada” indignación moral:

Una dedicada persecución de metas culturalmente aprobadas, el evitamiento de objetivos prohibidos pero tentadores, la adhesión a medios normativamente sancionados –esto implica un cierto autocontrol, esfuerzo, disciplina, inhibición. ¿Cuál es el efecto del espectáculo de los otros que, aunque sus actividades no dañan manifiestamente nuestros intereses, son moralmente indisciplinados, se entregan a la pereza, a la auto-indulgencia o a vicios prohibidos? ¿Qué efecto tiene la proximidad de los malvados sobre la tranquilidad espiritual de los virtuosos? (Cohen, 1965: 6)

Así pues, aquí tenemos los hechos de la vida: las disciplinas del trabajo y la recompensa, la recta asignación de la justicia distributiva conforme el mérito, las presiones y descontentos experimentados en ciertos puntos de la estructura social y la lasitud y las recompensas gratuitas –por lo menos en la percepción de los indignados– que ocurren en otros. Es una fórmula de tensión, de auto-control y falta del mismo, de disciplina e indisciplina. Pero Cohen va más allá de la simple indicación de los aspectos negativos de la indignación; también apunta al modo por el cual los virtuosos pueden beneficiarse de estos contrastes:

De diversas maneras, los virtuosos pueden sacar partido de esta situación, pueden convertir una situación con potencial para generar tensión en una fuente de satisfacción. Uno puede llegar a ser aún más virtuoso haciendo que su reputación dependa de su rectitud, construyendo su “sí mismo” a partir de la odiosa comparación con los moralmente débiles. Dado que la maldad de los otros resalta el brillo de la propia virtud y la exigencia de virtuosidad

que uno formula está en el corazón de su identidad pública, uno puede verdaderamente desarrollar un interés en la existencia de otros desviados y verse amenazado en caso de que pretendan excelencia moral. En pocas palabras, ¡la virtud de otro puede convertirse en una fuente de tensión! Uno puede incluso unirse con otros en rígida ira puritana para castigar a los desviados, no tanto para acabar con su comportamiento desviado como para reafirmar la importancia central de la conformidad como la base para el juzgamiento de los hombres y para reafirmar a sí mismo y a los otros su apego a la bondad. Uno puede incluso hacer una virtud de la tolerancia y la indulgencia de las deficiencias morales de los demás, llamando así implícitamente la atención hacia la propia y especial fuerza de voluntad. Si la debilidad de los otros es sólo humana, entonces existe algo más que humano en la propia fortaleza. Por otro lado, uno podría unirse a los inmorales. (Cohen 1965: 6-7, destacado en el original)

Se desprende claramente de este párrafo que Albert Cohen concibió la indignación moral como algo que ahora sería descripto como una forma de “otrización” –un proceso tanto de amenaza como de confirmación de la identidad. Además, que una perturbación moral como esta fuera emocionalmente intensa, que fuera una función tanto de la atracción como de la repulsión. Fue a partir de este análisis de la indignación moral -complementado por supuesto con las nociones de empresario moral (Becker, 1963) y de pasaje moral (Gusfield, 1963)- que surgió el concepto de pánico moral. En efecto, si la indignación moral representa la condición crónica de la perturbación moral, el pánico moral es su forma aguda.

¿Intervención desinteresada?

En *The Drugtakers*, estuve altamente influido por Albert Cohen y, detrás de él, por el trabajo de Max Scheler y Svend Ranulf. El concepto de indignación moral involucra el cuestionamiento de las razones para la supuestamente “desinteresada” intervención social –agravio moral, donde los intereses del partido enfurecido no se ven directamente afectados. Siguiendo esta línea de pensamiento, observé que había tres razones para la intervención social:

Conflicto de intereses: donde un grupo poderoso tiene sus intereses directamente amenazados o donde existe una ventaja en la intervención (en el caso, por ejemplo, de los escuadrones antidrogas, los centros de tratamiento, etc.).

Indignación moral: donde existe un conflicto moral de intereses y donde la subcultura en cuestión amenaza los valores morales de un grupo más poderoso. Yo estaba interesado aquí en las respuestas emocionales y verdaderamente viscerales a los usuarios de drogas por parte de los funcionarios policiales y de otros voceros de la sociedad respetable.

Humanitarismo: aquí, un grupo de poderosos trata de frenar las actividades de otro grupo en nombre de los mejores intereses de este último. Así pues, si una manifestación de la indignación moral puede ser la ira, otra puede ser algo que aparece como su opuesto exacto –el humanitarismo–. De hecho, uno podría ir un paso más allá y sugerir que tal humanitarismo puede ser un manto (una técnica de neutralización si lo desean) para tapan el malestar y la indignación morales.

Aquí, estaba interesado en el libro de Alex Comfort *The Anxiety Makers* (1967), el cual rastreó el camino por el cual la profesión médica había traducido repetidamente su indignación moral sobre ciertos “abusos” en un humanitarismo clínicamente respaldado.

Así, la masturbación fue alguna vez vista como causante de psicosis, indiferencia e impotencia y diversos dispositivos clínicos bárbaros fueron desarrollados para evitar que la gente joven tocara sus órganos genitales. De hecho, sugerí un “efecto némesis” (ver Young, 1971a), de acuerdo con el cual se considera que la desviación conduce a diversos tipos de miseria a menos que se lleven a cabo intervenciones humanitarias (el uso de la marihuana lleva a la adicción a la heroína, las relaciones sexuales prematrimoniales a enfermedades venéreas, el embarazo adolescente a la pobreza, etc.).

Mirando este punto hacia atrás, está claro que la indignación moral involucra un conflicto de intereses directos, en la medida en que la moralidad en sí misma es manifiestamente amenazada. La distinción de Ranulf es, por lo tanto, inviable (ver también Cohen, 1972: 16). Pero, aun en el sentido más prosaico de un conflicto de intereses instrumental, la indignación moral implica muy a menudo la afirmación de una amenaza (las drogas que ponen en peligro a nuestros niños, la violencia que amenaza al ciudadano respetable, etc.). De hecho, el argumento clave centrado en la desproporcionalidad de la reacción social, por lo general, gira en torno a la confirmación o refutación de estas respuestas.

En cuanto al humanitarismo, aquí la indignación moral se oculta y la intervención es justificada *en beneficio* del infractor. En realidad, el “infractor” es visto como la víctima, se observa al “bebedor empedernido” como un alcohólico, a la madre adolescente como irracional y al consumidor de drogas como “enfermo”. Las intervenciones surgidas de la indignación moral son, de esta manera, justificadas ya sea señalando la violación de la seguridad pública o bien la seguridad del desviado. En retrospectiva, las dos justifica-

ciones se corresponden con lo que he llamado “otrización” “conservadora” y “liberal” (ver Young, 2007b). La primera demoniza, insistiendo en que el desviado es diferente a nosotros, y la segunda sugiere que la desviación es un comportamiento enfermo o inmaduro, y que el desviado carece de nuestras normas

La ecuación moral

Una fuente fundamental de legitimidad en los países industriales avanzados es el nexo entre mérito y recompensa. Esta evocación de una meritocracia donde el trabajo, la disciplina y el esfuerzo encuentran su propia recompensa en el éxito material, el disfrute de la vida y el goce son fundamentales para nuestras sociedades. Sin embargo, aquí, como señalara Merton en su famoso artículo “Social Structure and Anomie” (Merton, 1938) yace una significativa contradicción. Porque, en una sociedad de clases, las metas culturales de la meritocracia no se corresponden con la distribución de las recompensas. En una sociedad groseramente desigual, los sueños de éxito, de movilidad, de recompensa se estrellan constantemente contra la experiencia de la realidad del mundo tal como realmente es. Un enorme despliegue de instituciones –los medios masivos de comunicación, la educación, el lugar de trabajo– predicen la meritocracia, aunque el sistema es palpablemente desigual tanto en sus presiones en la jornada laboral como en sus recompensas diarias. Estas placas tectónicas de desigualdad generan delito, perturbación, indignación moral y, a veces, pánicos morales. El sistema “provoca desviación”, como expresara Merton, pero de la misma manera como inevitablemente provoca indignación moral y punitividad.

Existen ciertas partes sensibles de la estructura social y existen otras que son puntos detonantes definidos para la cristalización de

y valores. De cualquier manera, representan la polaridad de las respuestas convencionales para el consumo de drogas: las alternativas de pena o tratamiento donde las posibilidades de una auténtica liberalización son borradas e ignoradas.

sentimientos de injusticia y desesperación. Los puntos sensibles son bien conocidos en la literatura; están donde aquellos incluidos precariamente en el orden social enfrentan a aquellos que están tentadoramente excluidos (ver Young, 2007b). Los pequeñoburgueses, esforzándose por dar sentido a una meritocracia de la que son parte por poco, quienes, en un mundo de precariedad laboral, están a un cheque de distancia de la pobreza, y aquellos a quienes Elliott Currie (1998) llama los “sobreempleados” –los trabajadores pobres con dos trabajos, o a veces más, quienes deben constantemente exigirse a sí mismos hasta el stress para alcanzar los fines ¿Y los puntos detonantes? Como siempre, es la juventud en su rol de presagio del futuro, en su situación de relativa libertad entre familias con ingresos disponibles en sus bolsillos y con aspiraciones que todavía no han sido aplastadas por las realidades de la vida. Son los disparadores y son los objetivos en su supuesta indolencia, su violencia, su consumo de drogas, su vestimenta y por supuesto su sexualidad. Han desempeñado este rol a lo largo de la historia, como Pearson (1983) demostró tan gráficamente, y lo siguen haciendo hoy con su consumo excesivo de alcohol, sus bandas, sus relaciones sexuales prematuras y su beligerancia: los chicos violentos y las chicas embarazadas.

Los dos objetivos clásicos del pánico moral personifican esto. Los hippies presionaron

cada botón en la armadura de disciplina y control del carácter; los “mods” prefiguraron un mundo de consumo e inmediatez que

socavó la austeridad y disciplina de la Gran Bretaña de posguerra (ver Cohen, 1972; Hebdige, 1979).

Ressentiment

En una sociedad meritocrática como esta, la incapacidad del individuo para cumplir con el Sueño Americano, o su casi-tan-generalizado equivalente europeo, puede atribuirse a las fallas del sistema o a las fallas del individuo. Pero la política radical o la autoculpabilización son sólo dos alternativas. Igual de probables son aquellos que culpan a un sector particular de la sociedad por su desgracia, que observan que las recompensas son distribuidas de manera injusta. Esto evoca sentimientos de *ressentiment* que Merton caracterizó tan vívidamente cuando escribió:

*Este sentimiento complejo cuenta con tres elementos entrelazados. Primero, sentimientos difusos de odio, envidia y hostilidad; segundo, una sensación de impotencia para expresar activamente estos sentimientos contra la persona o el estrato social que lo evocan; y tercero, una continua re-experimentación de esta hostilidad impotente. El punto esencial para distinguir el *ressentiment* de rebelión es que el primero no implica un verdadero cambio en los valores. El *ressentiment* involucra un “patrón de uvas agrias” que afirma simplemente que los objetivos deseados pero*

*inalcanzables no corporizan en realidad los valores apreciados –después de todo, el zorro en la fábula no dice que él renuncia a todo el sabor de las uvas dulces; dice solamente que estas uvas en particular no son dulces. La rebelión, por otra parte, implica una genuina transvaloración, donde la experiencia directa o indirecta de la frustración conduce a la completa renuncia a valores previamente apreciados –el zorro rebelde simplemente denuncia el gusto predominante por las uvas dulces. En el *ressentiment* uno condena lo que anhela en secreto; en la rebelión, uno condena el anhelo en sí mismo. (Merton 1957: 155-6)*

El bohemio usuario de drogas era a la vez una amenaza para el ciudadano trabajador inmerso en la moral de la disciplina y la moderación mientras que, al mismo tiempo, la ruidosa condena al hippie era una poderosa reafirmación de los valores de la “normalidad”. El proceso era tanto una amenaza como una afirmación. Pero esto por sí solo no explica la intensidad de la reacción. Porque, subyacente a esto se encuentra el proceso de *ressentiment*, de uvas agrias, de rechazo a aquello que deseamos en secreto.

Pánico moral

Un pánico moral es una perturbación moral centrada en demandas acerca de que intereses directos han sido violados –un acto de “otrización” algunas veces expresado en términos de demonización, algunas veces con matices humanitarios que son manifiestamente desproporcionados para el evento o las actividades de los individuos involucrados. Está

presentado en términos estereotipados. En la época moderna, esto implica la concentración de los medios masivos de comunicación, respaldados por expertos científicos y otros empresarios morales y la movilización de la policía y los tribunales y otras agencias de control social. Semejante proceso de estigmatización masiva envuelve una narrativa de

amplia difusión sobre la génesis, inclinación y némesis de un grupo desviado particular que tiende a amplificar su intensidad con el paso del tiempo (particularmente en términos de la cantidad de supuestos incidentes) para luego finalmente extinguirse. Muy frecuentemente deriva en un proceso de amplificación de la desviación, una traducción de la fantasía en realidad, donde, en ciertos aspectos, los estereotipos iniciales son auto-cumplidos. Permítanos descomprimir esta afirmación en términos de nuestro análisis previo:

Perturbación moral: los pánicos morales son acontecimientos *morales*. No son simplemente pánicos, engendrados mediáticamente o de otra manera, que proveen información falsa ya sea sobre los riesgos de la bebida o de los peligros de los pit-bull terrier. Dicho esto, la rápida propagación de estas narrativas es muy a menudo una indicación de perturbación moral y los propios empresarios morales, pueden frecuentemente presentar sus afirmaciones como de naturaleza científica o técnica, desprovistas de toda consideración moral. Así, la alarma por los pit-bulls bien puede estar basada en los miedos a una *underclass*, a los jóvenes marginales, la declaración sobre los peligros del consumo excesivo de alcohol bien puede estar relacionada con un disgusto moral vinculado con el hedonismo de la juventud moderna y la naturaleza “disoluta” de la economía nocturna (ver Talbott, 2007).

Esta perturbación moral está caracterizada por una sensación de ansiedad, de energía emocional; no se trata meramente de una ficción o una anomalía desconcertante. Debe también estar razonablemente extendida: aunque, en el período actual, esto no debe confundirse con la noción de un consenso amplio enfrentando a una pequeña minoría desviada y reafirmando exitosamente sus fronteras. Porque, primero, un pánico moral no se produce cuando la hegemonía es exitosa,

sino más bien cuando está en crisis. De hecho, los casos de pánico tanto con respecto a los hippies como a los “mods” involucraron la desintegración de un consenso en torno a las relaciones entre disciplina y recompensa que estaban siendo desplazadas para dar paso a las sociedades consumistas tardomodernas en las que existe un énfasis en la inmediatez y el hedonismo a corto plazo (ver Young, 2007a; Hayward, 2004). Además, en las modernas sociedades híper-pluralistas, que tienden hacia una “mayoría de las minorías”, la posibilidad de esta “otrización” exitosa disminuye enormemente (ver Young, 2007b; McRobbie y Thornton, 1995).

Proporcionalidad y desplazamiento: todos los comentaristas acuerdan en que la reacción desproporcionada frente a una desviación particular es el atributo clave de cualquier pánico moral. El cálculo de tal desproporción depende de una evaluación adecuada del problema y de la intensidad de la reacción. Este, en sí mismo, es un asunto difícil, que depende tanto de la precisión empírica como de la evaluación normativa (véase Garland, 2008). El continuo y acalorado debate de los últimos cuarenta años acerca de dos de los mayores focos de los pánicos morales —jóvenes y drogas y violencia juvenil— ilustra ampliamente esto. El reconocimiento del discurso criminológico en torno al pánico moral como un acto de defensa nos sensibiliza acerca de dos problemas: el de subestimar el problema y sobreestimar la desproporcionalidad de la reacción. Como señala Garland, una defensa de este tipo era más fácil de lograr y más rápidamente convincente en las áreas de las drogas blandas y la violencia juvenil de menor importancia tal como se las caracteriza en los dos estudios iniciales sobre pánicos morales, *The Drugtakers* (Young, 1971c) y *Folk Devils and Moral Panics* (Cohen, 1972). Fue mucho menos convincente en áreas tales como los

robos callejeros (y no sería, por supuesto, tolerada con respecto a delitos tales como la violación o los ataques racistas).⁴ Como he argumentado, la tercera área de defensa introduce una dimensión importante y más sutil. Porque su interés no es la evaluación *estática* de la desviación como un problema social, sino la medida en la cual la intervención realmente *genera* un problema desproporcionado. Aquí es donde, aunque el daño principal de un problema en particular es reconocido, se considera que el daño secundario que ocurre a partir de la intervención vuelve a las cosas considerablemente peores. En ninguna parte de la teoría del etiquetamiento o de la literatura constructivista se encuentra esto mejor ilustrado que en el caso del control del uso de drogas (por ejemplo, Duster, 1970). Así, el daño “inherente” de, digamos, la heroína, es contrastado con el daño secundario de las intervenciones punitivas establecidas con el fin de controlar su uso.

A menudo se considera que los pánicos morales implican un desplazamiento. Las ansiedades sociales son desplazadas hacia un chivo expiatorio: un grupo no relacionado con el origen de la ansiedad. He sostenido, en cambio, que los grupos detonantes no son elegidos por accidente; la ira no es una mala interpretación. Puesto que el grupo o acontecimiento elegido como un foco de pánico moral está estrechamente relacionado con la fuente de la ansiedad. Es un síntoma de la inquietud moral subyacente. Además, la noción de desproporcionalidad tiene algo de paradoja. Porque la respuesta al evento es de alguna manera proporcional a la ansiedad, de otra manera simplemente no sería un pánico moral de pleno derecho. Lo que es desproporcionado es la reacción frente a su inmediata

manifestación. Es proporcional a la ansiedad, no al acontecimiento en sí. Es, en la superficie de las cosas, un error en la razón, pero no es, en un nivel más profundo, un error en la emoción. Ahora, de hecho, uno podría estar en desacuerdo con esta emoción —es, después de todo, demasiado frecuentemente un rasgo del *ressentiment*, una criatura de la reacción, un obstáculo al progreso. Pero esto no niega su energía ni su autenticidad.

Volatilidad y transgresión: mi argumento es que una clave de la fuerza y en realidad de la existencia de un pánico moral yace en su relación con los problemas estructurales y normativos fundamentales del orden social, y que son estas fuerzas las que evocan tanto al pánico como al demonio popular, y que de hecho estos demonios populares no son arbitrariamente seleccionados como chivos expiatorios sino que exacerban flagrantemente el descontento de los “panickers”. Este comportamiento es transgresor: involucra el enérgico intento por hacer cumplir las reglas y la provocadora tentativa de romperlas. Estos pánicos, si son de cierta importancia, reaparecerán nuevamente (muy a menudo, por supuesto, en términos de los dos tropos, “juventud y drogas” o “juventud y violencia”; ver Goode y Ben-Yehuda, 1994). *No* son simplemente disturbios excepcionales, aislados en algún punto en el tiempo. Sin embargo, a menudo aparecen en los libros de texto como momentos aislados de irracionalidad. Por el contrario, si los pánicos son “exitosos”, se conectan con transformaciones fundamentales en las placas tectónicas del orden, cada aparición como un atolón volcánico. Es su *reaparición* la que confirma su status como perturbaciones morales de orden significativo.

⁴ Es importante aquí la crítica realista que apunta al modo en el cual el delito está a menudo focalizado local y socialmente en su impacto, de manera tal que es fácil olvidar, por ejemplo, los daños que el uso de

drogas duras produce en los complejos habitacionales o los barrios bajos y la forma en que la violencia impacta en la población vulnerable y en las mujeres (ver Lea y Young, 1984; Hallsworth, 2008).

Los pánicos morales y la imaginación sociológica

C. Wright Mills famosamente habló de la imaginación sociológica. Esta imaginación implica colocar lo personal en el contexto de la estructura social más amplia –situar la biografía en la estructura y en la historia (ver Young, 2011). Es un proceso de ida y vuelta, que conecta la psicodinámica con la estructura y la estructura con la psicodinámica. El estudio de los pánicos morales nos exige desplazarnos desde los problemas engendrados por las disciplinas de la estructura

y de los eventos históricos, en la medida en que impactan sobre un estrato particular de la sociedad hacia la psicología de masas del *ressentiment* y la “otrización”, que genera en los encuentros con otras subculturas que en sí mismas son el producto de situaciones estructurales particulares y los proyectos de los actores involucrados. En este sentido, nos lleva al corazón del sistema social, al ritmo continuo de disrupción y perturbación.

Bibliografía

- Becker, H. S.** (1963). *Outsiders*. New York: The Free Press.
- (ed.) (1964). *The Other Side, 'Introduction'*. New York: The Free Press.
- (1967). 'Whose Side are We On?', *Social Problems*, 14: 239 – 47.
- (2005). *The Outsiders, Danish edn*. Copenhagen: Hans Reitzel.
- Cohen, A.** (1965). "The Sociology of the Deviant Act: Anomie Theory and Beyond", *American Sociological Review*, 30: 5 – 14.
- Cohen, P.** (1997). *Rethinking the Youth Question*. London: Macmillan.
- Cohen, S. (ed.)** (1971a). *Images of Deviance*. Harmondsworth: Penguin.
- (1971b). 'Postscript' to *Images of Deviance*. Harmondsworth: Penguin.
- (1972). *Folk Devils and Moral Panics*. London: McGibbon and Kee.
- (2000). 'Stan Cohen on Folk Devils and Moral Panics', entrevista de Steve Taylor. London: Halo Vine Video.
- Comfort, A.** (1967). *The Anxiety Makers*. London: Nelson.
- Currie, E.** (1998). *Crime and Punishment in America*. New York: Metropolitan Books.
- Duster, T.** (1970). *The Legislation of Morality*. New York: The Free Press.
- Erikson, K.** (1966). *Wayward Puritans*. New York: Wiley.

- Ferrell, J., Hayward, K. y Young, J.** (2008). *Cultural Criminology: An Invitation*. London: Sage.
- Garland, D.** (2008). 'On the Concept of Moral Panic', *Crime Media Culture*, 4: 9 – 30.
- Goode, E. y Ben-Yehuda, N.** (1994). *Moral Panics*. Oxford: Blackwell.
- Gusfield, J.** (1963). *Symbolic Crusade*. Urbana: University of Illinois.
- Hallsworth, S.** (2007). 'Interpreting Street Worlds', *inaugural Professorial Lecture*. London: London Metropolitan University.
- (2008). 'Street Crime: Interpretation and Legacy in Policing the Crisis', *Crime Media Culture*, 4: 137 – 43.
- Hayward, K.** (2004). *City Limits*. London: Glass House.
- Hebdige, D.** (1979). *Subculture: The Meaning of Style*. London: Methuen.
- Lea, J. y Young, J.** (1984). *What is to be Done About Law and Order?* Harmondsworth: Penguin.
- Lemert, E.** (1967). *Human Deviance, Social Problems and Social Control*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Lilly, R., Cullen, F. y Ball, R.** (1989). *Criminological Theory*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- McRobbie, A. y Thornton, S. L.** (1995). 'Rethinking Moral Panic for Multimediated Social Worlds', *British Journal of Sociology*, 46: 559 – 74.
- Merton, R. K.** (1938). 'Social Structure and Anomie', *American Sociological Review*, 3: 672 – 82.
- Merton, R. K.** (1957). *Social Theory and Social Structure, revised edn*. New York: The Free Press.
- Pearson G.** (1983). *Hooligan*. London: Macmillan.
- Ranulf, S.** (1938/1964). *Moral Indignation and Middle Class Psychology, 1964 edn*. New York: Schocken.
- Talbott, D.** (2007). *Regulating the Night*. Aldershot: Ashgate.
- Young, J.** (1971a). 'Drugs and the Mass Media', *Drugs and Society*, 2: 14 – 18, reeditado (1973/1981), en S. Cohen y J. Young, eds, *The Manufacture of News*. London: Constable.
- (1971b). 'Mass Media, Drugs and Deviancy', British Sociological Association Conference.
- (1971c). *The Drugtakers*. London: Paladin .
- (1971d). 'The Role of the Police as Amplifiers of Deviance, Negotiators of Reality and Translators of Fantasy', en S. Cohen, ed., *Images of Deviance*. Harmondsworth: Penguin.
- (1972). 'The Hippie Solution: An Essay in the politics of Leisure', en I. Taylor y L. Taylor, eds, *Politics and Deviance*. Harmondsworth: Penguin.
- (2001). 'Jock Young on The Drugtakers', entrevista con Steve Taylor. London: Halo Vine Video.
- (2007a). 'Slipping Away ... Moral Panics Each Side of the Golden Age', en D. Downes, P. Rock, C. Chinkin y C. Gearty, (eds), *Crime, Social Control and Human Rights: Essays in Honour of Stan Cohen*. Cullompton, Devon: Willan.
- (2007b). *The Vertigo of Late Modernity*. London: Sage.
- (2011). *The Criminological Imagination*. Cambridge: Polity.

